



www.loqueleo.com/es

© 2006, María Isabel Molina

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-224-8

Depósito legal: M-42.701-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: noviembre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Mío Cid.

Recuerdos de mi padre

María Isabel Molina

Ilustración de cubierta de Carole Hénaff

loqueleg

Cantar primero

El destierro del Cid

Monzón del Cinca, año 1130

La habitación era amplia y cómoda y hasta un punto lujosa. En la gran chimenea de sillares de granito donde cabía un hombre de pie, ardía medio tronco entero. El suelo era también de piedra y estaba cubierto por alfombras. Doña Cristina Rodríguez, señora de Monzón, que sentada en un sitial de madera labrada bordaba a la luz lechosa que se filtraba por las láminas de alabastro que tapaban la ventana, parecía estar en su lugar natural. La hija del famoso Cid Campeador, y viuda desde hacía quince años del conde don Ramiro, era una dama de mediana edad, bastante corpulenta, de grandes ojos color avellana. Vestía un brial de aquella seda brocada que llamaban ciclatón y el velo de su cabeza era también de seda.

Ahora el bordado descansaba en su falda mientras atendía al campesino que estaba parado en el centro de la habitación.

El hombre llevaba abarcas, calzas de lana y una camisa de lienzo que había sido blanca, sujeta por una gran faja de lana color verde que le llegaba desde más alto de la cintura hasta los muslos. Encima, una pelliza de piel de cordero con la lana hacia afuera. Estaba nervioso y restregaba los pies sobre la valiosa alfombra árabe de lana. Miraba al suelo y no levantaba la vista hacia la dama.

El hombre tartamudeó:

—Mi buena señora doña Cristina, yo soy Pere el Joven, de los campos de Monzón. Me llaman así para distinguirme de mi abuelo, que lleva el mismo nombre. Fui vasallo de vuestro esposo, que Dios tenga en su gloria. —Señaló a la niña que estaba a su lado—. Os he traído a una de mis hijas. Es una buena zagala y podrá llegar a ser una criada de confianza con la enseñanza de su excelencia. Es obediente y bien mandada, limpia y trabajadora. No es charlatana y no come mucho.

La niña tendría diez u once años y parecía perdida en un brial de gruesa lana del mismo paño verde que la faja de su padre. Tenía la piel muy blanca y no llevaba cofia, sino el pelo oscuro trenzado con cintas y anudado en lo alto de la cabeza,

en un tocado que hacía parecer más pequeña la cara redonda, de mejillas muy rojas y ojos del color de las olivas.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Nueve, mi señora, y todos vivos, gracias a Dios. Seis mujeres y tres varones. Esta es la cuarta.

La dama asintió:

—De acuerdo, Pere el Joven; si tu hija es tan buena como dices, vivirá en el castillo y le daremos ropa, comida y un trabajo adecuado a su edad. En cuanto al pago..., de momento trabajará por su comida y su alojamiento; el año que viene, si estoy contenta con ella, te daré a ti un sueldo al mes. Cuando cumpla los catorce se le dará a ella el salario correspondiente y, más tarde, una dote de boda razonable para su condición.

El hombre hizo una reverencia un tanto excesiva.

—Sois muy bondadosa, mi señora.

—Llévala a las cocinas; que le den algo de comer y que le asignen un trabajo. Mañana ya tendrá un puesto señalado.

Volvió a su bordado. Pere y su hija no se marchaban y la dama levantó la cabeza.

—¿Ocurre algo, Pere el Joven? ¿Tienes alguna duda?

12 —Perdonad, señora, pero vuestra bondad me obliga a deciros algo que he callado porque me avergüenza. La zagala tiene un defecto. Su madre y yo la hemos vigilado atentamente; no la hemos dejado ir sola a los campos y ha trabajado siempre al alcance de nuestra vista; pero a pesar de todo ha ocurrido. No sabemos cómo ha sido y ella no quiere confesarlo. No he hablado antes porque no sabía si la ibais a querer a vuestro servicio con esta tara. —Tomó aire—. ¡Esta moza sabe leer y escribir!

Doña Cristina Rodríguez, sorprendida, dejó el bordado y contempló a la chiquilla. Bajaba la vista y el rubor la teñía de rojo hasta el nacimiento del pelo.

—¿Sabes leer?

La niña asintió con la cabeza sin hablar.

La señora tomó una tablilla y el punzón del alféizar de la ventana y se los acercó a las manos de la niña.

—¡Acércate y escribe mi nombre!

—¡No te atrevas, descarada! —dijo su padre.

—Pere el Joven, ¡guarda silencio! Deja a tu hija cumplir mi orden.

Con una letra torpe e irregular la niña escribió:

Doña Cristina Rodríguez de Vivar

Y devolvió la tablilla a la señora.

—Ahora el tuyo.

Entonces la niña escribió:

Mencía Pérez

Cristina Rodríguez estudió lo escrito y luego aprobó:

—Está bien escrito, Mencía. Aprovecharemos tu capacidad. Si has aprendido a leer y a escribir, podrás aprender rápidamente otras cosas. No trabajarás en la cocina; en cuanto conozcas las costumbres de la casa, servirás en mi cámara. Mis ojos ya no tienen la agudeza de la juventud. Me leerás y escribirás lo que yo dicte. Ve con Dios, Pere el Joven.

Mencía Pérez se durmió llorando aquella noche, que no era sino la primera de muchas otras noches.

Su padre había bajado con ella a la amplia cocina situada en una construcción aparte al lado del castillo y la había dejado con una mujer de grandes caderas y camisa remangada sobre los brazos.

—La señora ha dicho que os encarguéis de mi hija Mencía.

La criada la inspeccionó de la cabeza a los pies.

—Muy delgada. No tiene fuerzas, no creo que sirva —dijo.

—La señora ha dicho que la quiere para doncella.

14 —Entonces...

La mujer tomó un cuenco de barro de la repisa del hogar, lo llenó de unas aceitunas pequeñas y negras y se lo puso en la mesa, delante de Pere; luego descolgó una bota de vino y la dejó al lado.

El hombre comió con prisa; luego cogió del brazo a la niña que, de pie a su lado, le había mirado comer sin decir nada.

—Escucha, zagala; te he buscado un buen trabajo; si te acomodas a la señora, no tendrás preocupaciones en toda tu vida. ¡Pórtate bien! No hagas quedar mal a tu familia con la señora. Si te devuelven a casa, te daré una paliza con el cinturón.

Le hizo una caricia apresurada en la cabeza y marchó deprisa, sin volver la cabeza.

La mujer se acercó.

—Yo soy Sancha. Bueno, pues vamos a mudarte de ropa. —Mencía retrocedió con miedo; la mujer siguió—: No seas tonta; la señora vivió de niña en tierra de moros. Allí se lavan mucho y se trajo sus costumbres; ha ordenado que todos los de su casa nos lavemos el cuerpo y nos mudemos de camisa todos los domingos. ¡Y ya verás qué camisas! Parecen de aire de finas y suaves que son.

15

La llevó hasta una tina llena de agua caliente con jabón y la hizo desnudarse y meterse dentro; el agua quemaba y el jabón se metía en los ojos y picaba. Mencía se había lavado la cara y las manos antes de venir a ver a la condesa, pero con agua fría y el jabón que su madre hacía para la colada. Y se había bañado en el río en el verano.

La mujer tenía un lienzo grueso en la mano y lo metía en el agua y frotaba y frotaba la espalda, los brazos y las piernas de Mencía.

—A partir de hoy te lavarás tú sola, que ya tienes edad. Siempre hay agua caliente en la cocina; es orden de la señora. Estás muy delgada; aquí engordarás. La señora es exigente y quiere que el trabajo esté bien hecho, pero nos alimenta bien y nuestra ropa es mejor que la de muchos señores.

Tu padre te ha buscado un buen empleo; ahora veremos si eres capaz de conservarlo.

La secó con un lienzo grueso y le puso una camisa blanca. Era en verdad de una tela mucho más suave que la que Mencía había usado, y encima un brial de lana, pero mucho más ligero que el suyo verde.

16

—La camisa es de algodón. La señora compra la tela a los moros de Valencia. Y la tela del brial es lana hilada dos veces, para que resulte más ligera.

Sancha la llevó a su cama en la habitación en que dormían las criadas. Era una cama para ella sola. En su casa, Mencía siempre había dormido con su hermana. Se acostó y las lágrimas mojaron la almohada. Era la primera vez que dormía sola y lejos de su familia, y a pesar de que el agua caliente le había dejado una sensación de descanso y de ganas de dormir, y aunque la camisa pareciera una caricia, echaba de menos a su madre.

Al día siguiente, Mencía desayunó queso y pan en la cocina, junto con las otras mozas que servían en la casa.

Sancha mandó a cada una a su tarea y a Mencía le dijo:

—La señora te espera en su sala.

Mencía se vio otra vez delante de doña Cristina.

—Quiero que me digas cómo aprendiste a leer —pidió la dama.

Mencía se encogió de hombros.

—No sé —dijo con una voz medio ahogada—. Iba con mi madre a limpiar a la iglesia. Me gustaban mucho los grandes libros con ilustraciones y letras de colores; un día entendí que unas letras decían: «cielo». Después fue más fácil. Me llevaba una tiza y las copiaba en el suelo de piedra de la iglesia, y después las borraba —hizo una pausa—. Un día me sorprendió el cura y se lo dijo a mis padres.

Guardó silencio. No dijo nada de la insinuación del párroco del lugar de que su camino estaba en el claustro y que, en el convento, el saber leer y escribir sería un mérito, pero no un defecto. Tampoco de la ira de su padre, que la zarandeó agarrándola del pelo mientras le preguntaba que quién le había enseñado a leer. Nadie creía que hubiera aprendido sola.

Después, su padre había decidido llevarla a trabajar al castillo.

—Tienes que aprender a escribir mejor —le dijo doña Cristina—. Si vas a escribir mis cartas, debes conocer la moderna letra francesa. Empezaremos hoy mismo.

Mencia asintió, aunque la condesa no le había pedido opinión. Sus deseos de saber más habían encontrado un puerto.